

LA CULTURA EN LA PERSPECTIVA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

1. Una concepción global de la cultura. Contra el reduccionismo materialista

Por cultura no puede entenderse el volumen más o menos grande de informaciones, nociones, señales, objetos materiales. Si así fuera, la cultura no pasaría de ser una cuestión de memoria o de posesión material, y aunque incluya estos elementos, consiste necesariamente en algo más. La cultura es lo específicamente humano, el hacer del hombre como individualidad corporeo-espiritual y como comunidad en el entorno mundano, formada, por tanto, por la plétora de dimensiones que son constitutivas del ser humano. Y para que exista una cultura viva es necesario el momento de la conciencia crítica, de la intencionalidad, del proyecto. De hecho la existencia de un patrimonio cultural de datos, actitudes, signos, bienes materiales plantea de modo insoslayable la cuestión radical en una teoría de la cultura por el origen de tales producciones culturales.

Entendemos la cultura humana como proyecto radical y totalizante de comprensión y de praxis, de voluntad emancipatoria, en constante reformulación en cuanto organismo viviente, en el que se satisfacen las necesidades y se realizan las potencialidades físicas y espirituales del hombre en su individualidad y socialidad, eficaz en el dominio de las fuerzas de destrucción o de alienación ínsitas en la naturaleza en la que está dado el hombre –institutos humanos y animales, el mundo físico-, susceptible de ser formulado con y ante la razón crítica en discursos de sentido, generales y sectoriales, coherentes entre sí y capaz de aportar al individuo y las comunidades humanas satisfacción y alegría de vivir. Una concepción semejante supera la visión de la cultura como cúmulo de informaciones, la unilateralidad de conceptos puramente especulativos o puramente prácticos o pragmáticos, la unidimensionalidad de la pura producción, posesión y consumo de bienes materiales y la idea de cultura como saberes de una élite intelectual.

2. La cultura y la moralidad humana

Según lo dicho, en toda cultura humana es esencial el carácter socio-comunitario. A diferencia, por ejemplo, del saber técnico, la cultura no es un fenómeno estrictamente individual, es patrimonio de un colectivo humano y se desarrolla en la dialéctica entre individualidad y comunidad humana. Como fenómeno social, la cultura es obra de la creatividad de los individuos en cuanto integrantes de una comunidad, con toda la interacción del sujeto con el grupo que es propia de la sociedad humana. Por tanto, la matriz concreta de una cultura está en los elementos de la comunitariedad: comunicación, convivencia, interacción personal, cooperación material, interdependencia, conflicto, transmisión. En este tejido comunitario se genera el patrimonio cultural de una sociedad, y por lógica, cuanto más intensa y rica sea esa trama societaria más potente habrá de ser su generación cultural.

A esta dimensión socio-comunitaria se une el también citado carácter liberador o emancipatorio de la cultura. El desarrollo cultural obedece al dinamismo de realización

de las potencialidades del sujeto humano, en su individualidad y comunitariedad. Sobre el suelo de lo mundano y en el amplexo de lo socio-comunitario, el desarrollo cultural es esencialmente humanizador. Por su misma naturaleza la cultura debe promover el bien de los miembros de la comunidad, y por tanto le es propio un natural coeficiente de solidaridad, solidaridad del individuo con la comunidad y de la comunidad con el individuo.

Así se revela la natural dimensión ética de la cultura humana, afectada esencialmente de un índice de moralidad al igual que el mismo ser humano que es su sujeto. Una cultura, como la misma comunidad humana y el individuo, tiene como propio un radical ético en tanto que ámbito de realización solidaria de la existencia de los individuos. Olvidar o minusvalorar este constitutivo moral, humanizador, es olvidar la raíz de intencionalidad emancipatoria, autorrealizadora del individuo y la sociedad que le pertenece esencialmente a la cultura. Es dejarla reducida a una acumulación material de datos u objetos que no es humanizadora. El radical axiológico es fundamental en todo fenómeno cultural vivo, humano y humanizante.

Por virtud de su carácter liberador y comunitario, por mor de su esencial talante moral la cultura ha de estar especialmente atenta a la promoción de los elementos más débiles de la comunidad humana. La justicia y la promoción de los más necesitados, en lo espiritual, lo psíquico y lo material, en un plano socio-cultural no es un añadido de altruísmo en segunda instancia sobre lo que es una cultura, forma parte, por el contrario, de su naturaleza y dinamismo más propios. La cultura no es, en contra de lo que a veces se oye, la “conciencia crítica de la praxis” humana. Si así fuera la praxis sería algo vitalístico y realmente inmotivado tras la cual, como posterior conciencia crítica vendría la cultura buscando comprender o justificar la praxis. Como la praxis humana es cultural y la cultura es práxica, de igual manera, la moralidad no se sobreañade a los fenómenos culturales, no es una instancia posterior que venga a prestarle una catadura humanista. La cultura no es el momento segundo, reflejo, del obrar humano, es el hacer mismo de los hombres en el mundo; y a su vez la moralidad no es algo pegado extrínsecamente a la cultura. Moralidad, praxis y cultura forman una única realidad humana.

3. Sobre el radical religioso de la cultura

El hacer humano, su *poiesis* cultural como praxis liberadora inteligente y libre, individual y colectiva, con su talante moral no puede no estar guiada por una verdad orientadora, por unas referencias de sentido sobre lo que hay, lo que debe ser, lo que ha de hacerse. La instalación creadora, cultural, del hombre en el seno de lo real es imposible sin un plan de atenuamiento con rasgos normativos para el mismo sujeto humano y al que por lo tanto él mismo se somete so pena de perderse o quedar sumido en la perplejidad o la parálisis. En un plano puramente fenomenológico, se aprecia, en efecto, que el quehacer humano y humanizante ha estado siempre presidido por el reconocimiento de una verdad de sentido orientadora que el mismo hombre ha aprehendido y formulado laboriosamente en su forcejeo con la realidad.

Este radical axiológico y normativo ha sido secularmente en todas las culturas de índole religiosa, tal como informa la antropología cultural. No ha habido cultura sin religión por motivo de la relación fundante que liga la religión a los valores que sustentan la cultura. En Occidente, sobre todo a partir de la Ilustración, la cultura ha sufrido un proceso de emancipación de la verdad religiosa en la que consistía el último

coeficiente de sentido. El carácter religioso de las últimas verdades de sentido decrece y éstas experimentan una reformulación racional, secularizadora y, en algunos aspectos una simple eliminación. Entonces la cultura se convierte en algo que ha de sostenerse a sí mismo, en una totalidad autónoma y autárquica con la que el hombre ha de regirse. Pero secularizado el último horizonte legitimador, difuminado o eliminado un plano de absolutez, todo deviene relativo, cambiante, negociable, más fácilmente transgredible. Ante este movimiento de finitización de todo lo humano en culturas carentes de impulsos, motivaciones y esperanzas trascendentes, el cristiano no dejará de afirmar que la cultura es algo que por sí solo es incapaz de dar plenitud a su ser. Esta plenificación procede de otro lado, con el cual comunicaba la raíz religiosa ahora debilitada o rescindida. Desde que la cultura rechaza esto y exige una autonomía absoluta, inmersa quizá en un sueño pelagiano, corre el riesgo de caer en manos de poderes demoniacos y quizá más cuanto menos lo note o menos quiera darse cuenta de ello. El pensamiento cristiano sostiene que sólo han tenido sentido de la historia los pueblos que han admitido en su cultura la conciencia de la finitud humana y por tanto han excluido su autoabsolutización. Los que han rehuido la finitud se han anclado en el presente mágicamente inmóvil o cíclicamente retornante. El hombre que consagra su contingencia es un nómada, un itinerante, un peregrino. Y el sentido de la historia, unido a la esperanza, engendra la noción de progreso. Sólo que el progreso sin la atracción de lo Absoluto y eterno, puede incurrir en el desvarío. En contra de lo que pretendía la filosofía ilustrada de la historia, la cultura sola está lejos de seguir con garantía un desarrollo lineal ascendente. No es fin en sí: objetivada corre el riesgo de convertirse en un sistema de coacción y encerrada en sus propios límites, sus problemas son insolubles. Cultura sin misterio y esperanza trascendente, culturas clausas en la finitud, adaptan al hombre a un régimen de impotencia para hallar un sentido nuevo en medio de las gravísimas contradicciones de la historia, un sentido trascendente que la natural moralidad del hombre y sus culturas no pueden dar. Culturas de espaldas a la Transcendencia entregan al hombre a los poderes de muerte que anidan en el corazón humano y en las formas de cultura más refinadas y que cada día se desatan con toda violencia en el mundo. Pronto o tarde, el pensamiento, el arte, la vida social se detienen en su propio límite y ahí quedan paralizados, o retroceden hacia el extravío, o dan el salto cualitativo hacia atrás, hacia la raíz religiosa que comunica con lo eterno capaz de dar sentido absoluto. En este contexto hay que leer los números 70 y 71 de la encíclica de Juan Pablo II, *Fides et Ratio*.

4. La evangelización como transformación de la cultura

La testificación a favor del radical religioso de la cultura asume en la Iglesia los modos de una evangelización transformadora de la cultura, que ha de empezar por avivar en sus justos términos la conciencia de la finitud del hombre y los límites de su cultura, abriendo el espacio a una esperanza más allá del horizonte empírico, nunca satisfactorio, con harta frecuencia verdaderamente trágico. En la limitación del aliento ético de las sociedades, en los graves conflictos de una historia sustentada por culturas impotentes para redimir al hombre, el evangelio es anuncio de una verdad, de un sentido y de una justicia y solidaridad nuevas que las culturas humanas buscan y no alcanzan. En su afán por promover lo humano, la cultura muestra su radical impotencia, porque no pasa de ser producción del mismo hombre necesitado de salvación.

El evangelio es la redención de las culturas, lo que implica el reconocimiento simultáneo de su consistencia y valor y de la necesidad de ser saneadas en sus raíces.

En la hora presente, y entre otros aspectos, la evangelización que puede redimir las culturas humanas trae el llamamiento a abrir sus estructuras fundamentales a una racionalidad cálida, acogedora, contemplativa del misterio del ser, bajo la impresión definitiva de que todo es gracia. La evangelización de las culturas plantea la exigencia de reconocimiento del valor absoluto de lo humano; para el cristiano la carencia de horizonte religioso no supone la caída total del empeño ético, pero sostiene que sufre un profundo desarraigo racional y emocional, que fundada sólo sobre lo relativo la cultura no pasará de ser relativa, débil ante empresas del calado hondo que demanda la humanización de lo socio-cultural, la primera, el reconocimiento del valor absoluto del hombre. La evangelización de la cultura implica la llamada a un respeto a la naturaleza que exige reconocimiento de la verdad y el sentido propios de las criaturas, más allá del canon de una racionalidad depredadora y por tanto, la apelación hacia un modo de vida más sobrio y solidario. El testimonio evangélico trae la llamada a recuperar la dignidad del pensar y de un pensamiento crítico imprescindible en todo verdadero proceso cultural de humanización, porque sólo la verdad hace libres. La evangelización trae la interpelación hacia un nuevo concepto y praxis de la justicia tocada de un sentido de gratuidad. La evangelización, en definitiva, trae la invitación a la apertura a un misterio de gracia inefable, a un signo de reconciliación y unidad que sostiene la lógica y el sentido de lo real y lo mejor de la historia humana.

GONZALO TEJERINA ARIAS

11 de Mayo de 2002